

bían de morir por atestiguarla? Los testigos vienen á deponer aquí contra los que los llaman en testimonio: sin la divinidad de Cristo no hay cristianismo revelado; pues bien, los apóstoles creían en el Mesías, pero no sospechaban que este Mesías fuese Hijo de Dios, coeterno con el Padre; ¿qué prueba, pues, el martirio de los apóstoles, si le hay? Que puede creerse en los milagros y hasta en la resurrección de Jesucristo sin creer en la divinidad; ¡hé aquí lo que se llama una prueba de la revelación!

Ya hemos oído á los apologistas; escuchemos á los libres pensadores. Voltaire nos dirá lo que prueba la muerte de los mártires: "Decidnos si el suplicio de la horca, de la rueda ó del fuego es una prueba de la religion. Es una prueba, sin duda, de la barbarie humana, es una prueba en la cual hay verdugos de un lado y persuadidos de otro." ¿No ha habido mártires más que en la Iglesia ortodoxa? Hay muchos más entre los herejes; en vano los teólogos recusán á los sectarios diciendo que es la causa la que hace los mártires. Si es verdad, como dicen los apologistas, que los mártires testifican ciertos hechos, deben ser atendidos los testimonios de todos los que mueren por su fe; por esto Voltaire tiene razon al decir al abad Bergier: "No, si quereis hacer amable á la religion cristiana, no habéis de mártires jamás, porque nosotros los hemos hecho cien veces, mil veces más que los paganos; hablar de mártires á cristianos es hablar de horca y de ruedas á verdugos y á corchetes." (1).

Á decir verdad, los mártires no prueban nada ni para la religion ortodoxa ni para la herejía; atestiguan el poder de la fe, pero no la verdad de la fe. La más loca superstición puede inspirar una fe ciega tanto como las más sublimes verdades; desde el punto de vista de la filosofia, es preciso decir que todos los mártires han muerto por creencias supersticiosas; según los apologistas, habrían testificado el Evangelio. Entre esos milagros vemos figurar el exorcismo de los poseídos; y este es el milagro que Jesucristo hace con preferencia y cuya mision da á sus apóstoles; ¿quiere eso decir que el exorcismo es una verdad, que los que han muerto por su fe creían en los demonios? Los más estúpidos errores y los más horribles extravíos del

(1) VOLTAIRE, *Consejos razonables á M. Bergier* (Obras, tomo xxx, p. 391).

espíritu llegarían entonces á ser verdades, porque locos las hubieran confirmado con su muerte. ¡La creencia en los demonios ha conducido á abominables procedimientos contra los hechiceros; ¡será, pues, preciso creer en la hechicería, porque algunos hechiceros hayan declarado que habian estado en el sábado con el diablo y sufrieran el tormento y la muerte por su fe!

Hay otra enseñanza en la muerte de los mártires; Tertuliano dice que su suplicio es la semilla de la fe; ¿qué quiere decir esto? Que la violencia es impotente para destruir la fe, aunque sea supersticiosa. El cristianismo no ha aprovechado mucho la lección; apenas vencedor se hizo perseguidor, y perseguidor más encarnizado que habian sido nunca los emperadores romanos; ¿se dirá que ha vencido y que, en definitiva, la fuerza es el único medio de extirpar errores arraigados? Hay libres pensadores que lo dicen, sin reflexionar que si el paganismo ha sido destruido por la violencia, es porque no tenía la fe que engendra el martirio. En tanto que una superstición tenga de su parte la fe, en vano se intentará abolirla á fuerza de leyes, de penas ó de suplicios; se conseguiría hacer mártires, y los mártires darían un poder nuevo al error. Nosotros no conocemos más que un medio de vencer el error, la verdad.

IV.

La extension del cristianismo ha sido mucho tiempo un argumento favorito de los apologistas, como el martirio de los confesores; es hasta un milagro, y á creer á los Padres de la Iglesia, es el mayor de todos: "No se necesitaría más para probar la divinidad de la religion cristiana," dice San Agustín. Sucede á estos milagros lo que á todas las ilusiones de la fe, se desvanecen cuanto más de cerca se les mira. Si hay un milagro que testifique contra los milagros, es el de la propagación del cristianismo; se trata aquí de un hecho histórico que puede probarse con el mismo grado de certidumbre que todos los hechos; pues bien, tal es la ceguedad de la fe, que los espíritus más elevados no ven las cosas tal como son en realidad; las ven á través de un prisma que se las representa tales como las desean ó las creen. Vamos á oír á San Pablo y á Bossuet; bastará hacer constar sus errores para convertir contra el cristianismo

una de estas pruebas triunfantes que se invocan en su favor.

Para hacer resaltar más el milagro, Bossuet le hace remontarse al Hijo de Dios. Jesucristo, dice, habia predicado que su Evangelio seria pronto predicado por toda la tierra; en efecto, prosigue Bossuet, la prontitud inusitada con la cual se hizo este gran cambio es un milagro visible. Los apóstoles no habian acabado todavía su carrera, y ya decia San Pablo á los Romanos "que su fe estaba anunciada en todo el mundo," y á los Colossenses "que el Evangelio era oído por toda criatura que estaba bajo el cielo; que se habia predicado, que fructificaba y crecía por todo el universo." Bossuet aplica á los apóstoles este pasaje del salmista: "Su voz se hace oír por toda la tierra, y su palabra ha sido llevada hasta las extremidades del mundo." (1).

Parece un enemigo del cristianismo acumular los testimonios más sagrados para desacreditarle. Si Jesucristo ha predicho que inmediatamente despues de su muerte seria predicado el Evangelio por toda la tierra, se ha engañado, como cuando predijo que el fin del mundo estaba próximo: los dos errores se enlazan, puesto que el mundo debía acabarse cuando el Evangelio estuviese predicado por toda la tierra. Ya hemos dicho además cuál es la realidad de las cosas, el contrapeso de esas magnificas predicciones (2); San Pablo debía tener una idea singular de la extension de la tierra para atreverse á afirmar repetidamente que "el Evangelio sería oído de toda criatura que estuviese bajo el cielo." Pronto hará mil novecientos años que el apóstol de los gentiles pronunció estas palabras, y todavía son hoy una ficción; se explican estas exageraciones cuando se ve en el cristianismo una institucion humana; el entusiasmo de la fe disculpa la hipóbole; pero no es ni puede ser tal el sentimiento de los cristianos: todo lo que dice Jesucristo y todo lo que dice el apóstol es para ellos la verdad absoluta; hé aquí por qué Bossuet no vacila en repetir estas contraverdades (3). Despues de diez y siete siglos, les era fácil, sin embargo, asegurarse de que el Evangelio no habia sido oído por toda criatura que estuviese bajo el cielo; pero este es un punto de hecho, y los he-

(1) PAUL., *Rom.*, I, 8; *Coloss.*, I, 5-6-23; *Rom.*, X, 18.

(2) Véase mi *Estudio sobre el Cristianismo*.

(3) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal* (Obras, tomo IX, p. 218-219).

chos no tienen razon cuando contradicen la revelación, en cuyo caso se les niega ó se les arregla de manera que salven la dignidad de la religion cristiana.

Los libres pensadores se han apoderado del pretendido milagro que admiraba á Bossuet y le han vuelto contra el cristianismo. Por ser el cristianismo una religion divina, dicen los apologistas, es por lo que se ha propagado con tan maravillosa prontitud en el mundo; hay que creer, dice Voltaire, que esa divinidad es una ilusión, puesto que la extension milagrosa del Evangelio es una fábula. Si realmente Dios hubiera descendido del cielo para predicar la verdad á los hombres, ¿se concebiría que hubiese dejado presa del error á la mayor parte del género humano? "Esto parecería una contradicción fatal para nuestros débiles espíritus; pero no nos toca á nosotros interrogar á la Providencia, no debemos sino anularnos ante ella." (1). La conclusion burlona del gran satírico no dice todavía todo lo que hay que decir: el cristianismo, despues de haber sido tan milagrosamente propagado, ha sido destruido allí donde reinaba por el mahometanismo, y pierde cada día más por la indiferencia y la incredulidad. ¿Se comprende que el impostor triunfe sobre el Hijo de Dios y que el demonio sea vencedor de Cristo?

Los apologistas del siglo XVIII no tienen la misma confianza en el milagro de la predicación evangélica, y no buscan el prodigio en la prontitud tanto como en la dificultad de la conversión. Bergier insiste en los prejuicios de los Judíos y de los Gentiles que el cristianismo naciente tuvo que vencer, y no logró vencer más que porque Dios mismo era el autor; es verdad que los Judíos esperaban un Mesías; pero era un conquistador que los libraba del yugo de los Romanos y los colmaba de gloria y de prosperidad, y ¡hé aquí que creen en un Mesías nacido en un establo y muerto en una cruz! Por su parte, los paganos odiaban á los Judíos y los despreciaban: ¿puede creerse que los escucharan viniendo á predicarles un Dios crucificado? De dos cosas una, dice nuestro apologista: ó se ha operado una revolución en virtud de las pruebas de la divinidad de Jesucristo, ó se ha apoderado repentinamente de los Judíos y de los Gen-

(1) VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, palabra *Cristianismo*, tomo XXX, sección 1.ª, p. 415.

tiles un vértigo, supuesto que han tomado nuevas ideas y nuevas costumbres sin ningún motivo (1).

Hé aquí una vez más una historia de fantasía. ¿No podía decirse que los Judíos, por una súbita inspiración de la gracia, dejaron allí sus esperanzas y su ambición, para seguir al Hijo del Hombre? Pocos Judíos, por el contrario, se convirtieron; de suerte que el milagro se vuelve de nuevo contra el cristianismo. Si había pruebas tan evidentes de la divinidad de Cristo, ¿cómo es que los testigos de todos esos milagros se negaron á creer en aquel que los operaba á su vista? Hay algo milagroso, y es la incredulidad de los Judíos; pero este milagro no prueba mucho en favor de la divinidad del cristianismo; en cuanto á los Gentiles, aquellos que estaban imbuidos de las preocupaciones de la civilización antigua tampoco se convirtieron. Jamás, exclama el emperador Juliano, nunca un verdadero Heleno adorará al Dios de los Galileos. La invasión de los Bárbaros fué la que fundó definitivamente el cristianismo.

Al cuadro imaginario de los apologistas oponen los libres pensadores la realidad de las cosas; y por más que carguen los colores, hay más verdad en la historia, tal como Voltaire la cuenta, que en las ficciones del abad Bergier: "Cuando los primeros Galileos, dice, se esparcieron entre el populacho de los Griegos y Romanos, le encontraron infestado de todas las tradiciones absurdas que pueden caber en los cerebros ignorantes que aman las fábulas de los dioses, transformados en toros, en caballos, en cisnes y en serpientes, para seducir á mujeres y á niñas. Los principales ciudadanos no admitían esas extravagancias; pero el populacho se alimentaba con ellas, y era la canalla judía la que hablaba á la canalla pagana, no siendo difícil energúmenos judíos hacer creer en sus delirios á imbéciles que creían sueños no ménos impertinentes. El atractivo de la novedad atraía espíritus débiles, aburridos de sus antiguas necedades, que corrían á nuevos errores, como el populacho de los espectáculos que, cansado de una farsa antigua que ha oído muchas veces, pide una farsa nueva," (2).

Un error que se remonta al fundador del cristianismo contribuyó á propagar la religión cristiana. Jesucristo predicó que el fin del mundo estaba

(1) BERGIER, *Tratado de la verdadera religión*, t. VIII, p. 328.
(2) VOLTAIRE, *Exámen importante de milord Bolingbroke*, capítulo XII (*Obras*, t. XXX, p. 48).

próximo; en vano se niega, porque si él no lo ha predicado, es preciso decir que alguno de sus apóstoles lo ha comprendido, porque todos tienen esa creencia. Voltaire va á contarnos cómo obraron esos delirios en un pueblo ignorante y supersticioso. "El mundo iba á ser destruido; estaba abierto el reino de los cielos, cuyas llaves tenía Simon Barjona, y la tierra se hallaba pronta á renovarse; la Jerusalem celeste comenzaba á edificarse, como fué edificada en el Apocalipsis, y apareció en el aire suspensa durante cuarenta noches seguidas; todas estas grandes cosas aumentaron el número de creyentes. Los que tenían algún dinero lo dieron á la comunidad, que se servía de él para atraer vagabundos al partido, siendo la canalla de una necesidad absoluta para establecer toda nueva secta, porque los padres de familia que tienen propiedad visible están tibios, y los hombres poderosos se mofan mucho tiempo de una superstición naciente, no abrazándola más que cuando pueden servirse de ella para sus intereses y llevar al pueblo del castro que él mismo hace," (1).

El cuadro no es lisonjero; si parece injurioso al cristianismo, es que, por un hábito infantil, agregamos á él una santidad que no existe más que en nuestra imaginación; puesto que era una institución humana, ¿por qué no habían de tomar parte en él las pasiones y los errores del hombre? La nueva religión tuvo éxito: hé aquí á lo que se reduce el milagro de su propagación por el mundo; ¿conduce esto á su divinidad? La consecuencia sería peligrosa, porque podría aprovecharse en favor de religiones rivales; esto es lo que notó un sabio teólogo que combatió en el siglo XVIII á los enemigos del cristianismo. ¿No se esparció el mahometanismo por las tres partes del mundo con mucha más rapidez que la religión cristiana? Se le recusa por causa de la violencia que arrastró á la conversión á los vencidos; la censura no es fundada; pero importa poco; hay otra religión que cuenta tantos sectarios como el Evangelio y que es tan pacífica como él: ¿se desprende de aquí que el budhismo sea divino? Y el mosaísmo ¿no se ha sostenido, á pesar de las violencias y á pesar de las persecuciones más atroces? La conclusión de Mosheim es que es preciso abandonar esa prueba de la divinidad del

(1) VOLTAIRE, *Historia del establecimiento del cristianismo*, capítulo X (*Obras*, t. XXX, p. 500).

cristianismo (1). El piadoso escritor hace este sacrificio con gusto: ¿para qué apegarse á esos testimonios discutibles, cuando puede apoyarse en los milagros y las profecías?

V.

Diga lo que quiera Mosheim, los apologistas retrocedían. Los sueños que acabamos de enumerar parecían ántes decisivos; San Agustín decía que no necesitaba más para convencer á un hombre razonable, y hoy se les pasa en silencio ó no se les menciona más que como un recuerdo; ¿no esperan la misma suerte á las pruebas por excelencia de la revelación cristiana, las profecías y los milagros? En los siglos XVII y XVIII estaban acordes los ortodoxos en celebrar estos invencibles testimonios; Pascal dice en su lenguaje lapidario "que los milagros son fundamento;" pero "la mayor de las pruebas de Jesucristo son las profecías," (2). Bossuet insiste también en las profecías, y las llama "gloria y fundamento de la religión cristiana;" y es preciso considerarlas, según él, como "la parte más esencial y más sólida de los cristianos," añadiendo "que no es solamente una simple prueba, sino que es la mayor de todas, una verdadera demostración, según los Padres de la Iglesia," (3). Esta era la opinión general, al ménos en el seno de la Iglesia galicana: "Las profecías, dice Calmet, son la señal más incontestable de la verdadera religión, puesto que es el más sorprendente de todos los milagros," (4).

¿Por qué dan los apologistas más importancia á las profecías que á los milagros? Pascal no responde más que en parte á nuestra pregunta. "Veo muchas religiones contrarias," dice, y concluye "que todas son falsas, excepto una;" es decir, que no puede haber más que una verdadera; ¿cómo distinguir esa religión única, la sola verdadera? "Cada cual, continúa Pascal, quiere ser creída por su propia autoridad y amenaza á los incrédulos." ¿Por qué, pues, cree Pascal que el cristianismo es la religión fundada por Dios? Porque encuentra en ella

(1) MOSHEIM, *Geschichte der Feinde der christlichen Religion*, tomo I, p. 294.

(2) PASCAL, *Pensamientos*, XXIII, I, XVIII, 1.

(3) BOSSUET, *Defensa de la tradición y de los Santos Padres*, libro III, c. 22, 23 y 24.

(4) CALMET, *Comentarios sobre la Biblia*, t. XIV, Prefacio, página 13.

profecías que se han cumplido. (1). Pascal no nos dice la razón por la cual coloca los milagros en segundo término de las profecías: su lenguaje y el de Bossuet implican una cierta desconfianza con respecto á los milagros, mientras que para los Padres de la Iglesia las dos pruebas marchan siempre á la par (2). Hé aquí un fundamento que ya vacila, y esto se comprende: se trata de decidirse entre varias religiones, todas las cuales invocan milagros: ¿cómo saber si los unos son la obra de Dios y los otros una ilusión del espíritu de ficción? Hé aquí un terrible apuro allí donde buscamos la certidumbre; es bueno que las profecías nos enseñen á distinguir la verdadera religión de las falsas.

Si los fieles creen salir de la dificultad con las profecías, grande es su error. Hé aquí teólogos que, aun estando convencidos de la religión cristiana, tratan de desechar las profecías, como si tuvieran miedo de que este testimonio comprometiera su causa. Grocio dice que los apóstoles no opusieron las profecías á los Judíos como un testimonio de que Jesucristo fuese el Mesías, porque les citan pocas de esta naturaleza, contentándose con los milagros y con la resurrección de Jesús; de aquí deduce Grocio "que todos los pasajes del Antiguo Testamento que los apóstoles alegan no son propiamente invocados como prueba, ni en forma de argumento, sino para apoyar lo que ya está creído," (3); es decir, que las profecías son, por lo ménos, inútiles. Los Armenios abundan en estos sentimientos; según ellos, las profecías referidas en el Evangelio son alegorías; es contrario al buen sentido, dice Episcopio, tomarlas al pié de la letra, cuando los apóstoles mismos las entendían en un sentido místico.

Se dirá que citamos herejes; cuando está entablada la lucha entre los católicos y los libres pensadores. Los herejes hallaron eco en el seno de la Iglesia ortodoxa. Un sabio sacerdote del Oratorio, Simon, cuya autoridad en materia de crítica es muy superior á la de Bossuet y Pascal, participa de la opinión de Grocio y de los Armenios. Como sacerdote, Simon no podía repudiar abiertamente las profecías; pero á través de sus reservas y restricciones, es fácil apercibirse de que creía

(1) PASCAL, *Pensamientos*, XI, 8.

(2) Véanse los testimonios en STRAUSS, *christliche Glaubenslehre*, t. I, p. 86 y siguientes.

(3) GROCIO, *Comment. in Matth.*, c. I, vers. 12.

también que las profecías, de las cuales hacen tanto caso los apologistas, no eran de tal naturaleza que sirvieran para persuadir á los infieles, y que no eran buenas más que para los que tenían ya fe. No somos nosotros los que imputamos estos sentimientos á Simon, es Bossuet, que consigue mucho mejor esa demostración que la de la lucidez de las profecías (1); así pues, la evidente prueba que debía convencer á los más incrédulos no es buena más que para convencer á los ya convencidos.

Los apologistas católicos tienen una preferencia marcada por las profecías, al paso que los protestantes desconfían de las profecías y se atienen á los milagros; pero teniendo buenas razones para no querer, unos los milagros y otros las profecías, ¿no están amenazados los *dos fundamentos* de la revelación á derrumbarse juntos? Esta es la consecuencia lógica de la repugnancia que los unos tenían por los milagros y los otros por las profecías, y no dejó de producirse: en el siglo XVIII, un teólogo protestante declaró que ninguna de las dos pruebas era fundamental, y que el cristianismo podía subsistir muy bien sin la creencia en las profecías y en los milagros. Semler no es un incrédulo ni un filósofo; educado entre los pietistas, conservó siempre su fe en el cristianismo, no en un cristianismo vago y nebuloso, tal como le aman los Alemanes, sino en el cristianismo revelado; pero Semler era un católico del siglo XVIII, y comprendía que la religión no podía ser para los contemporáneos de los libres pensadores lo que había sido para los contemporáneos de Jesucristo. ¿Á quién predicó Jesucristo la buena nueva? Á los Judíos; luego los Judíos se encontraban todavía en un grado de cultura intelectual que tiene algo de infantil, puesto que eran atraídos por signos exteriores mucho más que por la perfección interior de la doctrina evangélica; se les ve en el Evangelio pedir milagros á Jesucristo, y nada más natural; esperaban al Mesías, el cual no debía abolir el mosaísmo, sino esparcirle por toda la tierra; debía impresionarles ménos la predicación de la *buena nueva* que los signos por los cuales Jesucristo legitimara su misión. Los testimonios que se le pedían estaban en cierto modo indicados ántes en los libros santos de los Judíos; en

efecto, los profetas anunciaban el Mesías, y sus esperanzas eran tan precisas, que predicaban hasta sus hechos y sus actos; á Cristo correspondía probar que realizaba sus esperanzas. Creíase que el Mesías sería el último y el más grande de los profetas; ahora bien, si los profetas habían hecho milagros, con más razón los debía hacer Jesucristo; hé aquí por qué los relatos de los evangelistas están llenos de milagros, y por qué tienen cuidado de hacer notar que las predicciones de los libros santos se han cumplido en Cristo. Semler llegó á la conclusión de que las profecías y los milagros se dirigían á los Judíos y no á los que creyesen en el Evangelio, sin enterarse de esos signos y hasta sin saber lo que han dicho los profetas (1).

Semler, nótese bien, no niega los milagros ni las profecías; desecha solamente las dudas de los libres pensadores que encuentra temerarias: ¿cómo se atreven á prescribir límites al poder del Creador? ¿Cómo se atreven á decir que debía emplear tal medio de revelar la verdad en lugar de tal otro? Semler no quiere que se haga de los milagros y profecías la esencia del cristianismo, hasta el punto de afirmar, con Abbadie, que si no hubiera milagros y profecías, no habría religión cristiana, lo cual es ir más allá del pensamiento de Jesucristo, á quien no se ve jamás proceder como hacen los apologistas, puesto que él no dice nunca: tal profecía se ha realizado en mi persona, es menester, por tanto, creer en mi misión; ni tampoco: yo voy á hacer un milagro para que creais lo que digo, de lo cual deduce Semler que se puede ser un excelente cristiano sin creer en los milagros ni en las profecías (2).

Porque Semler, aún creyendo en las profecías y los milagros, no quiere que se les considere como fundamento, según la expresión de Pascal. Porque en el siglo XVIII, la fe en lo sobrenatural se iba á pasos agigantados; si se obstinaban en unir la existencia del cristianismo al elemento milagroso, ¿qué había de suceder? Que hubiera desaparecido la religión cristiana de todos aquellos que no podían creer en los milagros; no había más que un medio de salvar la esencia del Evangelio, la predicación moral; esto era sacarla de la confu-

(1) SEMLER, *Letztes Glaubensbekenntnis*, p. 239, 246;— *Versuch einer freieren theologischen Lehrart*, p. 119.

(2) SEMLER, *Beantwortung der Fragmente eines Ungenanten*, p. 396, 351.

(1) BOSSUET, *Disertacion sobre Grotio* (Obras, t. II, páginas 617-618).

sión en que los apologistas se empeñaban á todo trance en mantenerla. Comparemos á Semler con los defensores del cristianismo tradicional. Bergier exclama, combatiendo á Rousseau: "Quitad los milagros del Evangelio, y no quedará en toda la tierra un solo discípulo de Jesucristo," (1). Calmet dice casi lo mismo de las profecías; así pues, cristianos igualmente celosos por la causa que defienden dicen, los unos, que las profecías y los milagros son fundamentales, y los otros, que esos testimonios no se dirigen más que á los Judíos; estos últimos repudian como inútiles pruebas que los primeros declaran esenciales. ¿Qué son, pues, las pruebas del cristianismo y á qué queda reducida la revelación, apoyada en bases tan frágiles? En verdad Semler no dejaba de tener razón en decir á sus contemporáneos: "Creed en el Evangelio, puesto que su moral es tan pura que seduce hasta á los libres pensadores; no os preocupeis de los milagros y de las profecías; esos testimonios son ajenos á vosotros, son de la historia antigua con respecto á los Judíos." Los consejos de Semler han sido escuchados por las sectas protestantes, y la fe se ha conservado en su seno. ¿Qué ha sucedido en los países católicos? Que en fuerza de querer salvar el cristianismo milagroso, se ha destruido la fe.

VI.

No pára aquí la disidencia de los católicos y los protestantes en lo que concierne á las pruebas de la revelación; hay un punto fundamental sobre el cual están en desacuerdo y que entraña la ruina de la revelación milagrosa. Unos y otros dicen que la verdadera religión está fundada en pruebas sensibles y palpables, al alcance de los hombres más sencillos; esta máxima es como un axioma del cristianismo tradicional; todos los partidos la admiten. En efecto, ¿para qué reveló el mismo Dios la verdad á los hombres? Evidentemente para enseñarles el camino por el cual pudieran salvarse; preciso es que sea, no solamente posible, sino también fácil de ser conocido hasta por los más ignorantes y los más sencillos. "Todo camino, dice Nicolas, que no pueda conducir á la fe á los simples y á los ignorantes, no podrá conducir á nadie, puesto que el carácter y la señal de este único ca-

mino debe ser que conduzca á todo el mundo." Sobre este punto los reformistas hablan como los católicos á fines del siglo XVIII. Mosheim usa el mismo lenguaje que Nicolas en el siglo XVII (1). Los ortodoxos de los dos campos están conformes todavía en decir que los milagros y las profecías son las pruebas esenciales del cristianismo; pero ¿cómo han de poder apreciar esas pruebas los simples y los ignorantes? Aquí comienza la disidencia, y es capital.

Responden los católicos que no hay más que un solo medio de dar á los simples y á los ignorantes la certidumbre sin la cual no hay fe, la autoridad de la Iglesia, y así triunfan de las dificultades intrincadas en que se pierden los reformistas, que ponen los libros sagrados en manos de todos los fieles: "¿Cómo es que los simples, dice Malebranche, pueden adquirir la certidumbre de que los cuatro Evangelios tienen una autoridad infalible? Los ignorantes no tienen ninguna prueba de que sean de los autores cuyos nombres llevan, ni de que no hayan sido corrompidos en las cosas esenciales; yo no sé si los sabios tienen pruebas seguras de ello; pero aún cuando estuviéramos seguros de que el Evangelio de San Mateo, por ejemplo, fuera de este apóstol y de que está hoy tal como le compuso, si no tenemos autoridad infalible que nos diga que ese Evangelio haya sido inspirado, no podemos apoyar nuestra fe en estas palabras como en las de Dios mismo," (2).

Muy bien, dicen los reformistas, sabemos por la palabra de Dios que existe una autoridad infalible. Los católicos suponen que su Iglesia ha sido instituida por Dios y que la concedió el don de la infalibilidad; resta saber cómo se van á convencer los simples y los ignorantes. Escuchemos á un ministro reformado: "Ántes que los simples cristianos, dice Jurieu, puedan creer sin temeridad que la Iglesia que les habla es infalible, necesitan estar seguros: 1.º, de que la religión y la Iglesia sean verdaderas; 2.º, de que esa verdadera Iglesia haya recibido el privilegio de la infalibilidad, y 3.º, de que la Iglesia romana es la verdadera Iglesia, con exclusión de cualquiera otra. Yo preguntado, continúa Jurieu, si para instruirse de este solo

(1) BERGIER, *Tratado de la verdadera religion*, t. IV, p. 337.— MOSHEIM, *Die Feinde der christlichen Religion*, t. II, p. 107.

(2) MALEBRANCHE, *Entrevistas*, XIII.

(1) BERGIER, *el Deísmo refutado*, t. II, p. 145.

artículo: la Iglesia es infalible, no hace falta saber: 1.º, si el libro de donde se ha sacado esta máxima es canónico; 2.º, si está conforme con el original, y 3.º, si el pasaje puede tener otro sentido. (1). Ciertamente que los simples y los ignorantes se verán en gran apuro, y es menester que se decidan, porque se trata de su salvación eterna, y bien se puede desafiarles á que tomen un partido. La incertidumbre, la duda, el escepticismo, hé aquí en qué vienen á parar las pruebas de la revelación: "Quitad la vía de la autoridad, dicen los católicos, y exponéis á los cristianos á caer en el pirronismo sobre todos los artículos de la fe." (2). Arguyen los reformados que "si los doctores de la Iglesia podían persuadir al mundo de que es imposible encontrar la verdad por la vía del examen, como trabajan en ello con todas sus fuerzas, bien pronto verán que no han trabajado más que para establecer el pirronismo." (3). ¿Qué piensan los filósofos de este debate? Que los católicos y los reformados tienen igualmente razón. "En tanto que unos y otros no hacen más que atacar, dice Freret, triunfan; la imposibilidad del examen está claramente demostrada por los católicos; el absurdo de la vía de autoridad ha sido puesto muy en claro por los protestantes." ¿Qué se deduce de todo esto? Freret deduce, volviendo á tomar el principio de los católicos: "Una religión cuyas pruebas no están al alcance de todos los hombres no puede ser la religión establecida por Dios para los simples y los ignorantes; ahora bien, las pruebas del cristianismo no están al alcance de todos los hombres; luego el cristianismo no fué instituido por Dios." ¿Es necesario demostrar, después de lo que acabamos de decir, que las profecías y los milagros son pruebas que exceden, con mucho, á la concepción de los simples y los ignorantes? "Para juzgar el argumento de las profecías es preciso asegurarse: 1.º, del tiempo en que vivía el profeta, á fin de saber si la profecía no es posterior al acontecimiento; 2.º, del verdadero sentido que encierra la profecía, lo cual supone el conocimiento de la lengua original del libro profético, y 3.º, es preciso estar cierto de que el profeta no ha podido conjeturar lo que ha predicho." No hay menores dificultades para los milagros que tienen por ga-

(1) JURIEU, *Sistema de la Iglesia*, c. XIX, p. 339 y siguientes.
 (2) PAPIN, *Las consecuencias de la intolerancia*, p. 119.
 (3) BAYLE, *Diccionario*, art. *Pelisson*, nota D.

rantía libros cuya veracidad no puede probarse sin el auxilio de la historia. "Es preciso, pues: 1.º, examinar el siglo en que vivieron los historiadores que los refirieron; 2.º, establecer la autenticidad de sus libros y la sinceridad de sus testimonios, y 3.º, ver si los milagros no son efecto de la superchería ó si pueden explicarse por causas naturales." (1).

Así pues, las pretendidas pruebas de la revelación se vuelven contra la religión revelada. Podríamos limitarnos á esas consideraciones generales que bastan para destruir el cristianismo tradicional, pero no dando una idea suficiente de la lucha que se entabla en los siglos XVII y XVIII entre la Iglesia y la filosofía; nos hace falta entrar en más detalles; es tanto más necesario, cuanto que los defensores interesados de la revelación no se dan jamás por vencidos, reproduciendo todavía en el siglo XIX, con imperturbable seguridad, las pruebas invencibles de las profecías y los milagros; y como los libres pensadores no se dignan ya responderles, triunfan; bueno será convencerles de su ignorancia, mostrándoles que no tienen más que abrir los escritos filosóficos de los últimos siglos, y allí encontrarán la respuesta que piden.

Teñemos aún otra razón para asistir á esta lucha: la conclusión de los filósofos es que no ha habido jamás milagros, y que estos prodigios son hasta imposibles; como respuesta á esas objeciones, los celosos se han puesto á forjar milagros; por el momento es verdad que se ha renovado la superstición; pero los celosos, si cabe en esto celo, ¿no ven que todo fraude sacrifica el porvenir al presente? Fabricar milagros, que una parte del clero mismo rechaza con indignación como vergonzosa impostura, es dar la razón á los incrédulos, que no han querido jamás ver en esos prodigios más que una obra de superchería y de avaricia. Que haya algunos peregrinos en la Saleta, ¿compensa esa recrudescencia de superstición el mal que los falsos milagros causan al cristianismo? ¿Ó se espera que las tinieblas de la ignorancia cubran una vez más toda la Europa como en los buenos tiempos que se llaman la Edad Media? ¿Van as esperanzas! Las victorias que la fe consigue por medio de estos vergonzosos expedientes son más

(1) FRÉRET, *Exámen crítico de los apologistas* (Obras, t. III, páginas 391-393, 379-381).

desastrosas que una derrota; que no es á la ignorancia y al error, y mucho ménos todavía al fraude y á la impostura, á quien pertenece el imperio del mundo, es á la verdad.

§ II.—Las profecías.

N.º 1.—Judios y cristianos.

I.

Las dos ramas de la tradición cristiana invocan por una y otra parte las profecías; los Judíos son los que las tienen escritas, porque han sido dirigidas evidentemente al pueblo de Dios, á la raza escogida; los demas pueblos las ignoraban. Es verdad que los Judíos esperaban ese Mesías, y creían que su advenimiento estaba predicho por sus escritores sagrados; cuando Jesucristo predicó la buena nueva creyeron sus discípulos que era el sucesor de Moisés anunciado por los profetas, y, á juzgar por los Evangelios, él mismo tuvo esta creencia. Aplicáronse, pues, á Cristo todas las predicciones mesiánicas; los Judíos lo contradijeron; no quisieron reconocerle por su Mesías, y le condenaron á muerte como falso profeta; no se acabó el debate con este sangriento sacrificio; los Judíos, acusados de deicidio, fueron perseguidos durante mucho tiempo por un crimen imaginario; en los tiempos modernos, los odios ya se han ido disminuyendo y calmando. En el siglo XVIII hubo un cristiano tolerante y un Judío respetuoso para la religión de los cristianos; entablóse entre ambos una polémica y se dió á la publicidad (1): no conocemos libro de controversia más bello; reina en él una serenidad de espíritu y una paz y caridad igualmente admirables; ambos interlocutores son hombres de fe, y por lo mismo que lo son, respetan las creencias de que no participan; vamos á resumir el debate, con el disgusto de no poder citar más que algunos rasgos concernientes á las profecías.

Hay profecías mesiánicas; pero ¿quién es el Mesías esperado por el pueblo escogido? Los cristianos adoran á Jesus como Hijo de Dios, coeterno del Padre: Cristo es Dios; ¿y el Mesías de los profetas es también idéntico al Dios de Israel? Los

(1) PHILIPPI A LIMBORCH, *de Veritate religionis christianae amica collatio cum erudito Judaeo*.

escritores sagrados de los Judíos hubieran rechazado semejante idea como una blasfemia: el Dios de la Biblia es un Dios único, y en ella no hay otro que el Dios de Abraham y de Jacob; los Judíos no conocían la distinción de tres personas, siendo Dios cada cual en sí y no formando, sin embargo, más que un solo sér; verdad es que Dios envía á su pueblo profetas inspirados de un poder sobrenatural, pero sin dejar de ser criaturas: tal era el más grande de todos, Moisés, y así debía ser el Mesías: ¿podían los Judíos reconocer á Cristo por su Mesías?

Colocándonos en el terreno histórico, podría decirse que Jesucristo no ha afirmado que él sea Dios; pero cuando los Judíos discuten con cristianos, tienen que entender los Evangelios como los cristianos; y como los cristianos pretenden que Cristo se manifestó á sus discípulos como Hijo de Dios y que los apóstoles le siguieron como tal, desde este momento los Judíos están en el derecho de decir á sus adversarios: "El Mesías que nuestra ley anuncia es un profeta, un enviado de Dios que nos hará conocer su voluntad; por lo mismo no podemos tener fe en un hombre que acaba de decir que es uno con su Padre que está en los cielos. Este hombre es un falso profeta, y nuestra ley nos manda matarle. Verdaderamente que si Jesus hubiera predicado otro Dios que el de Israel habría merecido, según los términos del Deuteronomio, ser apedreado; pues bien, ¿no es otro Dios el que vuestro Cristo nos quiere hacer adorar cuando dice que él es el Mesías y que el Mesías es Dios? ¡Mostradnos en nuestros libros sagrados un solo pasaje en que se hable de un Dios-Hombre! ¡Mostradnos un solo pasaje en que Dios haya predicho por medio de sus profetas que él encarnaría en el seno de una mujer!" (1).

Los cristianos, continúa el interlocutor judío, nos acusan del más inexpiable de los crímenes, de deicidio: ¿cómo hemos de ser nosotros culpables de haber hecho morir á un Dios, cuando nuestro Dios, el verdadero Dios, no nos ha dicho nunca que algun día hubiera de tomar forma humana para revelarnos lo que vosotros llamais la ley de salvación? Cuanto más grande sea ese misterio y más incomprensible, más debería Dios predecirle

(1) PHILIPPI A LIMBORCH, *de Veritate religionis christianae amica collatio*, p. 110 y 111.